

Sintió allí convertirse
en piedad amorosa la aspereza:
¡o grande arrepentirse!
¡o dichosa terneza,
25 que pudo quebrantra tan gran dureza!

Qual hielo empedernido
en los húmidos brazos de Anfitrite
de la peñuela asido,
el claro sol derrite,
30 y tener más dureza no permite.

Estaba ya deshecho
en la amorosa vista de su amante
el cristalino pecho,
más duro que diamante
35 producido del oro de levante.

Feliz alma y dichosa,
que en haber por amor amor trocado
mereces ser esposa
del mayoral sagrado,
40 socorre, pues, Señora, a su ganado.

Hágate piadosa
haberte amor sacado por su mano
de aquella temerosa
región del gran tirano,
45 de enmedio de este tráfago mundano.

NOTAS

Cfr. Garcilaso, *Flor de Guido*.

DE LA HERMOSURA EXTERIOR DE NUESTRA SEÑORA.

Lyra (1).

No invocó aquel napeo
coro, que en el parnaso hace su asiento,
ni al gran músico Orpheo,
no su acordado acento,
5 ni la sonora voz de su instrumento.

No pido su favor
al rutilante Phebo coronado
de claro resplandor,
ni a las que su ganado
10 en Helicone trahen apacentado.

Las Nereydes hermosas
gocen con libertad de su reposo,
corónense de rosas,
y de mirto frondoso,
15 gozen del ayre puro y oloroso.

El diestro Apolo rija
el numeroso, dulce, heroico canto,
y los yerros corrija

(1) Del mismo códice que las anteriores.

de los que suben tanto,
20 que quieren habitar su monte santo.

Que si el divino aliento
de la Virgen en mí propicio aspira,
correrá en popa el viento
mi destemplada lyra,
25 si con sereno rostro ella me mira.

Tiéneme tan rendido
vuestra gracia, donayre y faz hermosa,
que no me causa olvido
de vos alguna cosa
30 alegre, triste, próspera o penosa.

Medito esta hermosura,
de quien nunca apartó mi pensamiento
el gozo o la amargura,
pues no derriba el viento
35 a quien pone en el alma su cimiento.

Quando de vos me ausento,
me ausento de mi bien y mi reposo,
pues pende mi contento
de este semblante hermoso,
40 en cuya ausencia me es todo penoso.

Rubios son como el oro
que en el crisol se acendra sus cabellos,
en ellos mi tesoro
tengo, pues son tan bellos
45 que me tiene cautivo en uno de ellos.

Y mucho más si dexa
 por el cuello al desgaire derramada
 la dorada madexa,
 qual suele la manada
 50 de cabras en Galaad apacentada.

Mirando vuestros ojos,
 Virgen, mi corazón así llagaron,
 y en sus pobres despojos
 de modo se entregaron
 55 que de su libertad los despojaron.

Qual suele en la verdura
 una torre de mármol fabricarse,
 y en medio la espesura
 de lejos divisarse,
 60 y sobre el alto cedro levantarse,

Así entre las facciones
 la nariz en el rostro se adelanta
 con tantas perfecciones,
 y con belleza tanta,
 65 qual la torre en el bosque se levanta.

Las mexillas hermosas,
 qual nubes al oriente arreboladas,
 más blancas son que rosas
 de roxo matizadas,
 70 qual colorados cascos de granadas.

Parecen una cinta
 vuestros labios, o Virgen soberana,

teñida en fina tinta
 de carmesí o de grana,
 75 de quien sabrosa miel destila y mana.

Parecen vuestros dientes,
 más blancos que el marfil, a las manadas
 que suben de las fuentes,
 do fueron descargadas
 80 del peso de la lana, y jabonadas.

Pues la voz sonora
 que sale articulada de la boca,
 tan dulce es y graciosa
 que ablanda lo que toca,
 85 diamante, o pedernal, o dura roca.

Tenéis una fontana
 debaxo de la lengua tan sabrosa,
 que miel y leche mana,
 y así está tan melosa
 90 que excede en dulcedumbre a toda cosa.

Pues la garganta pura
 sobre los tiernos hombros levantada
 parece en la postura
 a la torre encumbrada
 95 con muro y contramuro edificada.

¿Qué diré de los pechos
 de leche milagrosa abastecidos?
 Semejantes son hechos

a los reciennacidos
100 cabritos entre lilios mantenidos.

Más frescos son y hermosos,
más blancos que el jazmín y armiño fino,
más dulces y sabrosos
que el esmerado vino,
105 y que el ambrosia, que es manjar divino.

Y si alguno ha notado
que excedo en encumbrar vuestra hermosura,
señal es que ha quedado
tan corto de ventura,
110 que no mereció ver vuestra figura.

Porque si éste alcanzara
a ver aunque de lejos vuestra alteza,
a voces pregonara,
absorto en tal belleza,
115 que echó su resto en vos naturaleza.

¿Pues qué diré, Señora,
de vuestro vientre puro? A vos me ofrezco,
guiad mi lengua ahora,
que veis que ya enmudezco,
120 y en un vuelo tan alto desfallezco.

Un vaso me parece
de marfil primamente fabricado,
cuyo precio engrandece
de perlas ser sembrado
125 y de finos safiros rodeado.

Parece un trigo hermoso
cercado de mil flores muy amenas,
fértil, dulce, oloroso,
con frescas azucenas,
130 que alrededor le cercan como almenas.

Vuestros pasos preciosos
heredera del alto Principado,
ligeros son y hermosos,
pues aun con el calzado
135 a dó llegó ninguno habéis llegado

Y aunque en lo dicho todo
su mano poderosa ha Dios mostrado,
mas todo es como lodo,
si fuere comparado
140 al Ser que a ser quien sois os ha encumbrado.

¿Pues qué será este Ser?
¿Cuál la gracia y beldad que siempre dura,
el gozo y el placer,
los dones y hermosura
145 con que Dios enriquece esa alma pura?

Mas baste ya con esto,
pues la pesada carne estorba el vuelo
dexando todo el resto
para quando sin velo
150 conozca vuestra alteza allá en el cielo.

NOTAS

41-135 Todo lo que sigue es imitación del *Cantar de los Cantares*.

135 Hasta aquí el *Cantar de los Cantares*.

6.^a

OTRA LYRA SOBRE LA CONVERSIÓN (1).

Por bosques y riberas
ando buscando siempre a mi querido,
mis voces lastimeras
resuenen en mi oído,
5 para que jamás tenga de mí olvido.

¡O esperanza mía!
¡o bien de mi vivir, gran Dios eterno!
dichoso fué aquel día
que mi corazón tierno
10 con golpe lo libraste del infierno.

No fué mortal la herida,
Señor, que recibí de vuestra mano,
fué gracia sin medida,
un bien tan soberano,
15 que no lo alcanza entendimiento humano.

Mi alma, que metida
estaba en lo profundo del pecado,
por vos fué redimida,

(1) Del mismo que las anteriores.

por vos le fué quitado
20 aquello que sin vos fuera escusado.

¿Qué gracias puedo daros,
Señor, por un tan alto beneficio?
sino glorificaros
haciéndoos un servicio
25 de mi alma en perpetuo sacrificio.

7.^a

SELVA RUSTICA

A LA VIDA DEL CAMPO.

Lyra (1).

¡O quan dichoso estado,
y quan dulces riquezas
son las que el labrador rústico tiene!
pues vive descuidado
5 sin miedo de tristezas,
y el alma en dulce soledad mantiene:
sus trabajos sostiene
con fértiles despojos,
estendiendo los ojos
10 viendo la variedad que el campo ofrece,
y goza bien tan alto
sin tener de perderlo sobresalto.

Libre de mil cuidados
que levanta el trafágo
15 del vano vulgo de locuras lleno,
cultiva sus sembrados,
y acuérdase de el pago

(1) Del códice de San Isidro.

que le dará el trabajo y tiempo bueno;
 no juzga el bien ageno,
 20 ni la ambición dañosa
 en él jamás reposa,
 para que pierda bienes tan seguros
 no le fatiga nada,
 ni el oro, ni la plata más cendrada.

25 Si de el trabajo duro
 congoxado se siente,
 busca entre verdes prados su reposo,
 y estando allí seguro
 menosprecia la gente
 30 que habita en el poblado más famoso:
 el brocado precioso,
 las perlas orientales,
 los tesoros reales,
 los topacios y seda tiene en poco,
 35 gozando de aquel prado
 de varias flores rico y esmaltado.

Quando en más alta cumbre
 está el sol levantado,
 y saca los vapores de este suelo,
 40 si siente pesadumbre
 de el calor demasiado,
 halla entre frescas plantas su consuelo:
 contempla el raso cielo
 tendido entre las flores
 45 de diversas colores,

susurrando la aveja por entre ellas,
 y a ratos recostado
 debaxo un árbol verde y acopado.

Las aguas plateadas
 50 que salen murmurando
 de entre las duras peñas cavernosas,
 haciendo mil entradas,
 mil vueltas rodeando,
 por manos de natura artificiosas;
 55 las rosas olorosas.
 y los cantos suaves
 que despiden las aves,
 cantando sus pasiones amorosas,
 le dan tal alegría,
 60 que no siente trabajo noche y día.

NOTAS

Oh fortunatos sua si bona norint agricolae.
(Virg. Georg. II.)

8.^a

A LA ASUNCIÓN DE NUESTRA SEÑORA (1).

Al cielo vais, Señora;
allá os reciben con alegre canto.
¡O! quién pudiese ahora
asirse a vuestro manto

5 para subir con vos al Monte santo.

De ángeles sois llevada
de quien servida sois desde la cuna,
de estrellas coronada,
qual Reyna habrá ninguna,
10 pues por chapín lleváis la blanca luna.

Volved los línceos ojos,
ave preciosa, sola, humilde y nueva,
al val de los abrojos,
que tales flores lleva,
15 do suspirando están los hijos de Eva.

Que si con clara vista
miráis las tristes almas de este suelo
con propiedad no vista
las subiréis de vuelo,
20 como perfecta piedra imán al cielo.

(1) Se halla en el código Magliabechiano, como también la siguiente.

A NUESTRA SEÑORA.

Cortar me puede el hado
 la tela del vivir sin que me ampare;
 mas aunque el cielo ayrado,
 María, el dolor doblare,
 5 olvídeme de mí si te olvidare.

A ti sola me ofrezco,
 a ti consagro quanto yo alcanzare,
 sin ti nada merezco,
 y mientras yo durare,
 10 olvídeme de mí si te olvidare.

Nací para ser tuyo,
 viviré si esta gloria conservare,
 la libertad rehuyo,
 y mientras yo reynare,
 15 olvídeme de mí si te olvidare.

El alma te presento,
 y si el furioso mar la contrastare,
 diré con sufrimiento
 mientras más la tocare,
 20 olvídeme de mí si te olvidare.

CANCIÓN A NUESTRA SEÑORA (I).

Virgen muy más que el sol resplandeciente,
 fuente de eterna vida,
 lucero que escureces al de oriente,
 en tempestad bonanza,
 5 norte por quien me rijo en mi partida,
 puerto al alma afligida,
 áncora donde estriba su esperanza,
 hoy con tu industria y arte
 este tu siervo herido al mar se parte.

10 Partido el corazón huye llorando
 de la brava tormenta,
 en que andan por la tierra fluctuando
 altivos corazones,
 que quieren más sufrir qualquiera afrenta,
 15 que por vida contenta
 trocar sus intereses y ambiciones,
 y no ven los cuitados
 los grillos en que están aherrojados.

(1) Por esta canción comienza el Ms. de Fuentelsol,
 a la que sigue la otra: *Virgen que el sol más pura.*

Mas tú, Reyna del cielo piadosa,
 20 que jamás te olvidaste
 de la pasada vida religiosa,
 en el mayor tormento
 el corazón llagado conortaste,
 los ojos enjugaste,
 25 y el ánimo oprimido cobró aliento,
 y así desta manera
 trocaste el sol ardiente en primavera.

Y mis ojos cobrando mucha lumbre,
 pasmaron del engaño,
 30 en que andan los que rigen la alta cumbre
 del mundo a quien adoran,
 que viendo claramente el desengaño
 siguen siempre su daño,
 aunque con verso público lo lloran,
 35 apellidando el río,
 el campo, el mundo, el sol, el valle umbrío.

II.^a

OTRA A NUESTRA SEÑORA (I).

Gózase el alma mía
 tu hermosura grande contemplando,
 dulcísima María,
 y estoy considerando
 5 si te veré algún tiempo, cómo y cuándo.

Robaste mis entrañas
 con uno de los ojos de tu cara,
 y son cosas estrañas
 las que el Señor declara
 10 al que en mirarte algún tiempo repara.

Amor me tiene preso,
 y muchos días ha, puesto en cadena,
 no amor vano y avieso
 que en mis versos no suena,
 15 sinó el que en Dios te tengo, *gratia plena*.

Testigos son mis ojos,
 que corren sin cesar como los ríos:
 testigos los enojos

(1) De un Ms. del convento del Orden de Predicadores de Zaragoza.

que los suspiros míos
20 declaran por lugares muy sombríos.

Iría yo, Señora,
con gran gozo a buscarte si pudiese;
mas ¡ay de mí! que ahora,
por mucho que anduviese
25 no había de llegar a dó quisiese.

Al alma ya vencida
del grande amor que causa tu hermosura,
perder por ti la vida
le es poco, Virgen pura,
30 y estar sin ti le causa pena dura.

Por cierto no me quejo
por verme con tu flecha tan herido:
y pues prenderme dejo,
o Virgen, ya rendido,
35 yo escojo por victoria el ser vencido.

La pena que padezco
en verme tanto tiempo de ti ausente,
es ver que no merezco
gozar del bien que siente
40 aquel que te contempla ya presente.

En un punto y momento
entonces quando yo verte pudiere,
habrá fin el tormento
de aquel que por ti muere,
45 de aquel que mucho más que a sí te quiere.

No hallo ya descanso
adonde, Virgen pura, no te veo:
tu rostro claro y manso,
tu gracia y rico aseo
50 alegran y acrecientan mi deseo.

A ti, pues, Reyna, clamo
con ansias y suspiros noche y día:
con lágrimas te llamo,
socorre al alma mía
55 con gozo, y regocijo, y alegría.

NOTAS

No es digna de fray Luis de León. Podrá ser de cualquier vulgarísimo discípulo suyo.

12.^a

SONETO (I).

I.^o

Quando me paro a contemplar mi vida,
y echo los ojos con mi pensamiento
a ver los lasos miembros sin aliento,
y la robusta edad enflaquecida,

5 Y aquella juventud rica y florida,
qual llama de candela en presto viento
batida con tan recio movimiento,
que a pique estuvo ya de ser perdida,

Condeno de mi vida la tibieza
10 y el grande desconcierto en que he andado
que a tal peligro puesto me tuvieron.

Y con velocidad y ligereza
determino de huír de aqueste estado,
do mis continuas culpas me pusieron.

(1) Estos dos sonetos se hallan en el códice Magliabechiano.

2.º

Tiéneme el agua de los ojos ciego,
del corazón el fuego me maltrata,
qualquiera de los dos por sí me mata,
mas nunca al fin de aquesta muerte llego.

5 De esta agua alguna parte mata el fuego,
y el agua parte de este fuego mata,
lo que el uno deshace y desbarata
el otro torna y lo renueva luego.

El uño vive quando el otro muere,
10 y con entrambos vivo y muero junto.
¡Ay, gran dolor! ¡Ay, desigual ventura!

Por sí qualquiera darme muerte quiere,
pero impedido el uno y otro al punto
la vida me renuevan triste y dura (*).

(*) Este segundo soneto está en los comentarios de Fernando Herrera a Garcilaso, en la Elegía segunda, y dice que piensan algunos ser su autor Francisco de las Cuevas.

POESÍAS DEL M. FRAY LUIS DE LEÓN

PARTE SEGUNDA